

Camila Sosa Villada, escritora, actriz y autora de *Las malas*. / TUSQUETS

CAMILA SOSA VILLADA Escritora

“Si hay una rebelión travesti, es en el campo del deseo”

G. ZEREGA, Córdoba (Argentina) Como una fuerza de la naturaleza que desea contarse a sí misma, Camila Sosa Villada (*La Falda*, Córdoba, Argentina, 1982) escribe todo el tiempo. Cuando hace el amor con su amante o cuando corre por el parque, está narrando en su cabeza. “Por la palabra me he curado de muchas cosas”, dice. Atiende la llamada por Zoom por miedo a la covid-19. En otra época, “el bicho” temido era el VIH. Ese miedo ha quedado plasmado en *Las malas* (Tusquets), un libro en el que la escritora argentina, voz de la literatura trans, somete su vida a la lógica de la ficción.

El resultado es un relato inócuo e indecente que retrata con dureza la vida de un grupo de travestis en Córdoba (Argentina) a principios de siglo que se ven forzadas a prostituirse para sobrevi-

vir, y la violencia con la que responde la sociedad. “Ser travesti es una fiesta”, decía uno de los personajes del libro de Sosa Villada.

Su casa, decorada con papel picado mexicano y cuadros de Frida Kahlo, también lo es por estos días. Pasa el confinamiento, afirma, haciendo el amor, tomando champán y bailando. “No hay nadie que ame más la vida que las travestis de *Las malas*”, dice sobre sus personajes. Pero podría estar hablando de sí misma o de las mujeres trans que se le acercaron para decirle que se habían sentido contadas.

“Ellas son tan dignas, tan lúcidas, que van hasta el final y terminan todas muertas. Aman tanto la vida, que saben que si no es digna, es mejor perderla”. La persecución que orquesta una ciudad sumamente conservadora —“tiene una iglesia en cada cua-

dra”— hacia ellas, las lleva a encerrarse, a ocultarse, a suicidarse. “Eso ya no lo hacemos. Ya no nos escondemos, sabemos que si tenemos que perder la vida peleando, la perdemos”, asegura. “La lucha de las travestis latinoamericanas no es solo por la vida, es por una vida que sea digna de ser vivida”.

Muerta en una zanja

La amenaza de la muerte que recae sobre ellas es una constante en el libro. “Un día van a venir a golpear esa puerta para avisarme de que te encontraron muerta, tirada en una zanja”, le decía su padre.

Qué curiosa es la transfobia, comenta. “Dicen tener miedo de nosotras, cuando en realidad lo que tienen es un odio profundo. Cómo puede ser que terminen así muertas tan importantes, yo las he visto morir bajo una excusa

tan estúpida como la del miedo”. Por primera vez en la entrevista detiene su habla.

—¿En quién pensás?

—Yo misma. Siendo niña, adolescente. Me hicieron muchísimo daño. Pero seguimos naciendo, seguimos dando batalla, seguimos resistiendo. Ya no somos más esas víctimas que todo lo aceptaban.

Las malas presenta al cuerpo de las mujeres trans como el campo de batalla donde quedaban las marcas de todo eso que aceptaban. “Eso somos como país también. El daño sin tregua al cuerpo de las travestis. La huella del odio”, se lee en el libro. “Yo me forjé en una época en la que solo se podía ser mujer de una manera, que era la manera en la que te deseaban los hombres. Por eso hay travestis de cierta edad, todas gravemente operadas. Eso ya no sucede más, las chicas trans ahora no se depilan, se visten como quieren, no les importan cosas que para nosotras eran de vida o muerte”.

En pleno apogeo de las escritoras argentinas, la literatura nacional se volteó a aplaudir a *Las malas*, que se publica este mes en España. Por primera vez un relato que venía a contar de una for-

‘Las malas’ se publica en España tras el aplauso cosechado en Argentina

“Son tan dignas, tan lúcidas, que van hasta el final y terminan muertas”, asegura

KIOSKOYMÁS #GALTARES

ma tan cruda la realidad de las chicas trans “que se tuvieron que ir de sus casas, que fueron castigadas físicamente por la policía, por los clientes [de la prostitución]”, entraba de lleno a los espacios ocupados por la literatura tradicional. Para Sosa Villada es un triunfo en un terreno “eternamente negado” a las travestis. “De repente se encuentran con una imaginación, con un manejo de la palabra, con un estilo. Yo estoy dando una batalla en el territorio del lenguaje, de la ficción. De repente las travestis comenzamos a generar conocimiento, a producir ficciones, historias”.

A dos décadas de las experiencias narradas en el libro, situado a principios de los 2000, Sosa Villada reconoce que algunas cosas en Argentina han cambiado. Pero queda mucho por hacer, reclama. “Las travestis tenemos que poder dejar de estar confinadas a la esquina, al departamento oscuro. ¡Que nos amen a plena luz del día! Que reconozcan que nos aman. No queremos que nos eduquen, nos golpeen o nos maten, lo que queremos es que nos deseen, porque queremos privadas a la imaginación de las personas. Si existiera una revolución travesti sería en el campo del deseo”.

HORARIO FLEXIBLE / ESTRELLA DE DIEGO

Artemisia: la realidad supera a la ficción

Se acaba de reeditar en castellano un libro fascinante que es mucho más que una biografía novelada de Artemisia Gentileschi, la pintora del XVII que en los últimos tiempos ha logrado el lugar que le corresponde en la historia del arte. La autora de *Artemisia* (Periférica), publicado por primera vez en Italia el año 1947, es Anna Banti, seudónimo de Lucia Lopresti, historiadora y crítica de arte —además de narradora— y casada con el también crítico e historiador Roberto Longhi, uno de los primeros defensores de la artista barroca. Las reflexiones de Banti sobre la vida de la pintora deslumbrante, condenada al ostracismo tras la violación de su maestro y amigo del padre y borrada por

salirse del patrón aceptado para las mujeres en la historia, podrían extrapolarse a la vida de tantas otras que, como Gentileschi y la propia Banti, vivieron por encima de las posibilidades que su tiempo les ofrecía.

Escrito con el estilo elegante de los mejores prosistas italianos —la cuidada traducción es de Carmen Romero—, *Artemisia* es más que el placer de la lectura. Banti llena los huecos en la vida de Gentileschi, sutura la historia donde nunca está todo dicho o nunca de todo; se obstina en encontrar el hilo conductor de lo quebrado por las habladurías. No solo. La propia materialidad del texto posee una historia azarosa, relacionada con lo peor que puede ocurrirle a un escritor: perder lo escri-

to, tema sobre el que reflexiona Hélène Cixous al principio de *Las ensoñaciones de la mujer salvaje* (Horas y Horas, 2001). Poco después de acabado, en 1944, un bombardeo en Florencia destruye el manuscrito. Pese a todo, Banti, movida por la obstinación y la fe en la artista —a las que apela en la introducción a la novela—, retomaba la tarea desde el principio, desde los recuerdos de las páginas perdidas y reconstruía este nuevo relato que se publicaba en 1947. Retaba al desánimo que asalta al escritor frente a las páginas perdidas que se imaginan, sin remedio, las mejores jamás escritas.

También un libro escrito por otro puede perseguirnos. Me ocurrió con el gran

relato en la vida de Artemisia, las *Actas del proceso por estupro*, los documentos del juicio que sufrió Gentileschi tras su violación y que la desvelan —ocurre a menudo— culpable, incluso siendo víctima. Pese a lo crudo de los testimonios, el texto parece también una historia inventada, quizás porque la realidad supera siempre a la ficción. Descubrí este libro publicado por Edizioni delle Donne en 1981, el año que comenzaba mi tesis doctoral sobre mujeres pintoras, y desde entonces me han perseguido la fe en la protagonista y la obsesión por publicarlo en español. Lo he conseguido hace solo cuatro años, en la editorial Cátedra en 2016 —traducido por Nieves Muñiz—, pero esta tarde, viendo los dos libros en mi estantería, siento que algo importante ha ocurrido con estas dos traducciones que, en el fondo, funcionan igual que un juego especular de rescates entre mujeres. Para que ninguna historia real o de ficción vuelva a quedarse sin contar. Y sin leer.